

Claudi Pérez

La marea etnonacionalista de Alemania coge fuerza y aspira a ganar en el Este

El País, 31 de mayo de 2026.

El partido ultra AfD roza el 30% en las encuestas y se dispara al 40% en algunas regiones del Este, como Sajonia-Anhalt, con elecciones en septiembre.

Para intuir [la altura de la marea ultraderechista](#) o etnonacionalista o posfascista que recorre el espinazo de la geopolítica global vale casi cualquier ciudad de EE UU y casi cualquier país de Europa; en realidad, no haría falta moverse de casi cualquier barrio de [Madrid](#). Pero la [Alemania](#) de aquellas noches de los cristales rotos es ideal para medir la fiereza de esa ola, por aquello de las turbadoras rimas de la historia. La historia aparecerá constantemente en una docena de conversaciones entre [Berlín](#), la capital, y [Magdeburgo](#), en el Este, a lo largo de esta crónica. “Vamos a hacer historia”, arranca Steffen Kraus en la milenaria Magdeburgo, capital de Sajonia-Anhalt. Exmilitar de 42 años y edil de [Alternativa para Alemania \(AfD\)](#), su partido tiene serias opciones de gobernar en esa región oriental tras las elecciones de septiembre. Eso supondría un terremoto político cercano al 10 en la escala de Richter: “Eso es hacer historia”, reitera en los medios alemanes [Ulrich Siegmund](#), exvendedor de perfumes reconvertido en estrella de TikTok y en cabeza de cartel de AfD en ese *land*.

La ola es arrebatadora en el Este, y muy intensa en el resto del país. En Berlín se escucha el mismo sonsonete. La policía ha hecho en mayo redadas para rebajar la violencia ultraderechista en [Marzahn-Hellesdorf, en la periferia de la capital alemana](#), a solo 20 minutos en tranvía de Alexanderplatz. Y en ese distrito, en los aledaños de un centro comercial, un jovencísimo Daniel — indumentaria negra, estética neonazi— apura una lata de cerveza y acaba soltando esa misma frase, calcada y desafiante. “Vamos a hacer historia”. El fascismo y sus posmodernas declinaciones, decía [Ferlosio](#), consisten básicamente en no limitarse a hacer política y pretender hacer historia.

Y de la anécdota a la categoría: AfD es ya el segundo partido del Bundestag. Lidera las encuestas en todo el país, por delante de la poderosa CDU, la centroderecha del canciller Friedrich Merz. Y muy por delante del SPD, la socialdemocracia, muy desdibujada. Los ultras rozan el 30% de los apoyos en Alemania. Con el férreo cordón sanitario (en alemán *brandmauer*: muro cortafuegos) aún no han conseguido tocar poder. Pero están cada vez más cerca: superan con creces el 40% en Sajonia-Anhalt. Y presentan una particularidad inquietante respecto a otros partidos similares en Europa: mientras Giorgia Meloni y Marine Le Pen moderan sus propuestas para llegar a los votantes de centro, AfD no cesa de radicalizar su programa político. Y con esa estrategia no deja de subir.

El nazismo es el grado cero de la política: cuando se introduce en la ecuación corre el riesgo de abrasar cualquier debate. Pero hay un dato que conviene recordar para compararlo con las encuestas y con esa obsesión con la historia en algunos discursos: [Hitler llegó al poder en los años treinta](#) con poco más del

30% de los votos, tras una profunda crisis y con el apoyo indisimulado de la oligarquía germana. Venimos de una sucesión de crisis y AfD no está lejos de ese listón, y lo supera ampliamente en varios *länder* del Este. Este reportero llama a la puerta de la oligarquía para ver cómo va a actuar esta vez: la respuesta es un rotundo “eso no puede pasar aquí”, según explica [Hans Olaf Henkel, expresidente de la poderosa patronal de la industria alemana y exmiembro destacado de AfD](#), partido del que ahora reniega abiertamente.

Henkel es partidario de acabar con el cordón sanitario para que Merz saque adelante las reformas que el país necesita, pero a su vez de marcar “clarísimas líneas rojas” en lo esencial: en defensa y en política exterior, por ejemplo. Cree que la CDU tiene que romper con la SPD para acabar con la parálisis política. Pero asegura tajante que AfD no va a ser, en ningún caso, una opción de Gobierno: “Un tercio de los votantes de AfD son conservadores radicales, pero el resto son cabreados o gente que nunca votaba. Y más del 60% del electorado sigue optando por los partidos tradicionales. Alemania no es parafascista o posnazi; los alemanes recuerdan bien su historia”, añade.

Y aun así es evidente que los riesgos están ahí. Merz promete que Alemania va a tener en poco tiempo “[el ejército más poderoso de Europa](#)”. “Un siglo después de todo aquello, entiendo que provoque escalofríos que AfD pueda tener la más mínima opción de estar al mando, pero eso no va a suceder”, subraya Henkel.

¿Qué es AfD? “Trabajo, familia y patria” era el lema del mariscal Pétain, el colaboracionista nazi de Vichy. “El programa político de AfD empezó en 2013 en el antieuropeísmo recalcitrante, pero ha evolucionado hacia ese lema fascistoide”, explica la académica [Carolín Emcke, autora de un libro formidable, *Contra el odio*](#). “Son etnonacionalistas, esa etiqueta es tal vez la que mejor los enmarca. Son antisemitas y a la vez amigos del Israel de Netanyahu: navegan admirablemente las contradicciones. Son anti-LGTBIQ+. [Son prorrusos, amigos de Trump y contrarios a ayudar a Ucrania](#). Han penetrado increíblemente en el Este, y empiezan a hacerlo en los sindicatos, en las patronales, en el asociacionismo. Quieren cambiar de arriba abajo la educación, los medios, las universidades, [como ha hecho Orbán en Hungría](#): son gramscianos, creen en el poder de la hegemonía cultural”. Y a la vez son libertarios, con una política económica que no se sostiene: prometen recortes de impuestos a lo bestia y a la vez subidas de gasto a lo bestia, en pensiones o en ayudas a las familias. Y son racistas; son firmes partidarios de la *remigración*; de mandar de vuelta a miles de migrantes a sus países sin miramientos. “[Su ideología ha ido adentrándose en las texturas del nacionalsocialismo](#), aunque parezca que esté prohibido decir eso. Su programa es cada vez más radical, casi nihilista”, dice esta filósofa en un español estupendo.

“Y, sin embargo, eso no me parece lo más grave: lo más grave es que la centroizquierda y, sobre todo, la centroderecha los ha normalizado. Un dirigente del SPD acaba de decir que hay que replantearse el cordón sanitario. Y entre los liberales y la CDU hay voces que abogan por eso mismo, y que sobre todo están copiando sus mensajes, de una forma patosa, en muchas agendas”, remacha Emcke.

Esa es la auténtica caja negra de la democracia liberal en todo el continente: qué va a hacer la centroderecha con los ultras. En España, Vox gobierna ya en alianza con el PP media docena de autonomías y sigue fuerte. En Países Bajos y en los nórdicos entraron en Gobiernos de coalición y eso les ha desgastado. [En Bruselas empiezan a votar juntos de la mano del líder del PPE, el alemán Manfred Weber](#). Solo en Alemania, Francia y Bélgica el cordón sanitario sigue siendo hermético, [pero incluso ahí empieza a mostrar signos de fatiga](#).

Escuchando a Emcke, está claro que AfD adopta los perfiles de la política caníbal en esta hora oscura, en estos tiempos de venganza y fundamentalismo. Pero los dirigentes del partido presentan otro relato. La diputada en el Bundestag [Beatrix von Storch](#) niega la mayor: “Nuestras posturas políticas no son radicales. Lo que es radical es la política del Gobierno: ha permitido la entrada de millones de inmigrantes ilegales al país; está arruinando nuestra infraestructura energética, y está destruyendo nuestra industria. La inmigración ilegal está sobrecargando nuestro Estado de bienestar. La subida del gasto en defensa provocará que no quede presupuesto para la sanidad, los puentes y carreteras, las escuelas, la policía o las autoridades fiscales, el poder judicial, ni para ninguna otra cosa que no sean el pago de intereses y los programas de bienestar social”. La diputada defiende que “nadie más en Alemania habla con tanta franqueza. Nadie más dice la verdad a los votantes, que están presenciando todo esto con sus propios ojos. Precisamente por eso estamos barriendo a la CDU: lideramos en el Este con una ventaja de hasta 20 puntos y, a nivel nacional, con seis o siete puntos”.

[Hans-Thomas Tillschneider](#), ideólogo de AfD en Sajonia-Anhalt y miembro destacado de la facción del partido que roza con la inconstitucionalidad, desarrolla esa idea: “El secreto de AfD es que se parece a Trump en EE UU: en lugar de decirle al votante lo que quiere oír, está diciendo lo que realmente pasa, ofrece una alternativa genuina a las políticas antialemanas de los partidos tradicionales. Eso se ha entendido ya en todo el país, pero sobre todo en el Este. Y sigue habiendo un cordón sanitario, pero AfD tiene ya una posición de fuerza y ese muro de contención va camino de convertirse en la lápida de la CDU”.

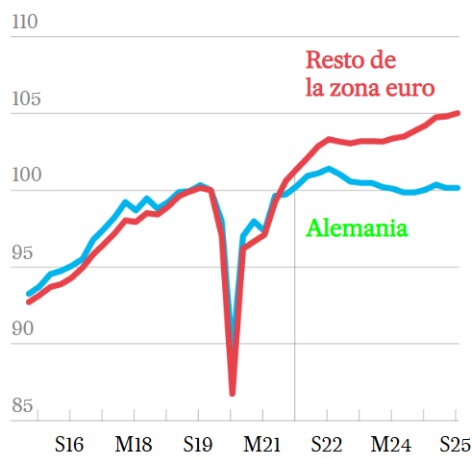
Los motores de esa ola que cabalga AfD son similares en todo el Atlántico Norte: ansiedad económica, rechazo a los inmigrantes —especialmente musulmanes— y un malestar difuso. [Alemania lleva años metida en un estancamiento preocupante](#). Se durmió al volante: su industria está en franco declive, ha llegado tarde a la revolución tecnológica y no vio venir el acelerón geopolítico relacionado con el *trumpismo*, un poder duro para el que Berlín y Bruselas están mal equipados. La erosión del poder adquisitivo ha hecho mella en la primera economía de Europa, como relatan Von Storch (nieta de un ministro de Hitler, dicho así entre paréntesis) y Tillschneider (nacido en Timisoara: rumano-alemán).

Pero lo fundamental es el miedo a una crisis estructural: el modelo económico hace aguas, con esa mezcla de neomercantilismo y *ordoliberalismo* del siglo pasado. Alemania no ha hecho reformas en 20 años, desde el muy olvidable Gerhard Schröder, [a pesar de que Angela Merkel obligó a hacerlas a otros países](#). La economía alemana tiene un historial de remontadas espectacular, pero el presente es de lo más sombrío por las pésimas decisiones de varios

Gobiernos. Alemania vio su bienestar a la energía barata de Rusia, que ha desaparecido; al escudo defensivo estadounidense, que está difuminándose; y a la potencia exportadora de su industria, pero los coches chinos son hoy más baratos y competitivos que los alemanes, y eso mismo vale para toda la industria pesada germana. “Cuando los miedos de los alemanes son existenciales, como ocurre hoy por esa crisis tan profunda del modelo industrial, hay que empezar a preocuparse de veras”, afirma la italiana Tonia Mastrobuoni, autora de *La peste: investigación sobre la derecha en Alemania*.

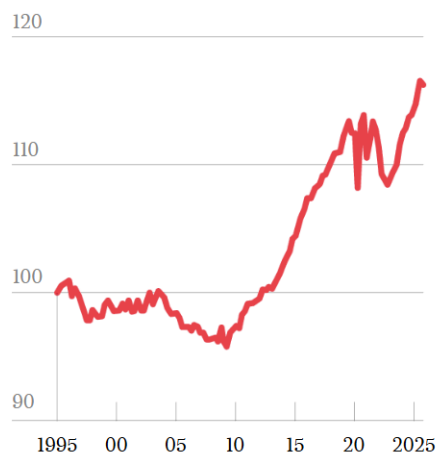
Variación del PIB

4º trim. 2019 = 100



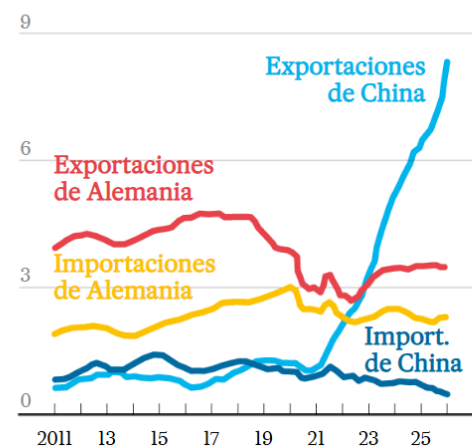
Renta per cápita

1º trim. 1995 = 100



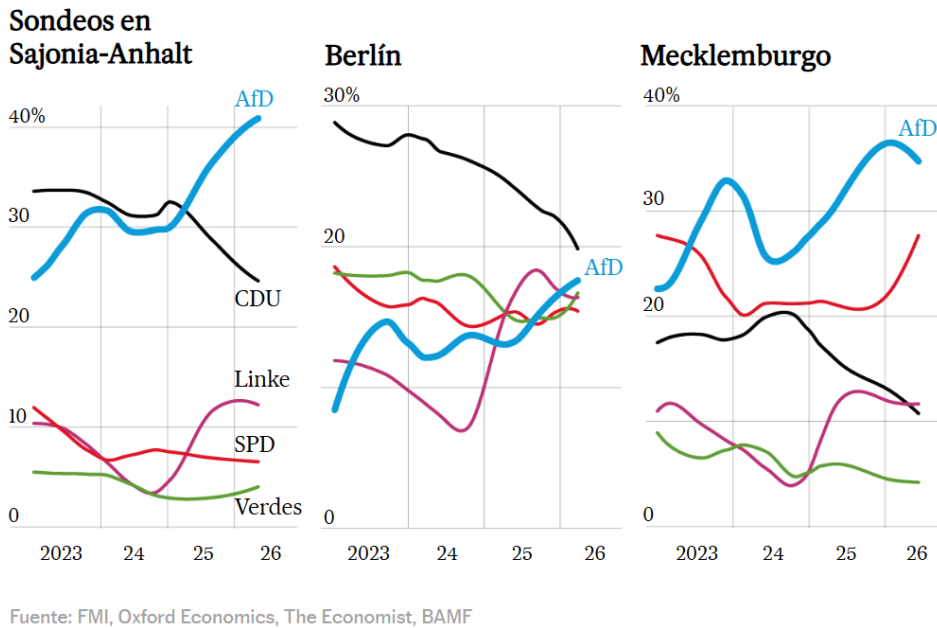
Ventas de coches entre Alemania y China

Millones de vehículos



Solicitudes de asilo





Pero no es solo la economía. A las condiciones materiales de la vida hay que sumar los efectos de dos oleadas migratorias: la de 2015, con las puertas abiertas (efímeras) de Merkel a los refugiados sirios, y la de 2022, con la llegada de ucranios huyendo de la guerra. Nadie capitaliza mejor que la ultraderecha esa agenda. La tercera causa de la fortaleza de AfD es un malestar extraño, que en el Oeste se percibe como desencanto con los partidos tradicionales, y que en el Este ha aterrizado en un sentimiento más feo: “Hay algo parecido al resentimiento”, resume Markus Kerber, exsecretario de Estado de Interior; “AfD ha sabido traducir la angustia económica y social en la gramática de la inseguridad cultural y nacional, en especial en la parte oriental”.

En Magdeburgo, nuestro Steffan Kraus cuenta estupendamente los porqués de ese resentimiento del Este. “Cuando cayó el Muro nos creímos aquello de la austeridad, hicimos una durísima cura de reformas y recortes de todo tipo. Pero el Oeste nos miró siempre por encima del hombro. No había dinero para digerir esas reformas, pero luego llegaron los refugiados sirios y el Estado federal sacó la chequera, y resultó que sí había dinero para ellos”. “No estoy en contra de los migrantes, siempre que quieran adaptarse y no haya abusos. Yo era votante de la CDU, hasta que la CDU se convirtió en un problema para la seguridad nacional con las puertas abiertas a la migración, con el cierre de las nucleares, con su posición en Ucrania. Hemos llegado a un punto de ruptura”, advierte.

Wolfgang Schmidt, exjefe de gabinete del excanciller socialdemócrata Olaf Scholz, atribuye buena parte de los problemas a Friedrich Merz, tras varios patinazos y con la popularidad del canciller en mínimos históricos: “Merz prometió que la economía iba a recuperarse de inmediato, y eso no ha sucedido, y garantizó un otoño de las reformas que quedó en nada. De la gran coalición solo se conocen disputas internas. La hoja de servicios del canciller es desastrosa. En la agenda migratoria ha asumido la retórica de AfD. Eso deja un mal humor tremendo. Algo se ha roto y nos convendría arreglarlo cuanto

antes, pero me temo que las cosas van a empeorar antes de empezar a mejorar”.

La preocupación de los analistas con el empuje de AfD va en aumento. “Nada parece debilitarles. Con el cordón sanitario se han convertido en la única oposición. Con el endurecimiento de su agenda han conseguido que el centro derecha les persiga. Los votantes de clase media y baja van a votarles a pesar de que sus políticas económicas les perjudican. Se han acercado a Rusia y así se han ganado al Este; son trumpistas y no parece perjudicarles que la desglobalización que defiende Trump esté castigando a la economía alemana: están en una especie de círculo virtuoso, en el que todo parece beneficiarles”, apunta el historiador David Bebniewski.

Incluso su liderazgo es tan paradójico como fascinante: Tino Chrupalla, un expintor que apela a la clase obrera, comparte protagonismo con [Alice Weidel](#), probablemente la dirigente de ultraderecha más atípica de la escena política actual. Weidel trabajó en Goldman Sachs. Es lesbiana. Vive en Suiza, en pareja con una mujer nacida en Sri Lanka con quien tiene dos hijos. Y defiende, sencillamente, que AfD es el partido que va a defenderla “de los ataques de los islamistas a las mujeres” que el Gobierno es incapaz de frenar.

En Magdeburgo, capital de Sajonia-Anhalt, la ciudad en la que empieza y está a punto de acabar este reportaje, AfD puede llegar al Gobierno si los liberales, la izquierda populista e incluso el SPD se quedaran por debajo del listón del 5%, que les dejaría fuera del parlamento regional. Con las encuestas en mano, eso es factible. Con sus 230.000 habitantes y sus 1.200 años de historia a cuestas, Magdeburgo saltó a las primeras páginas de los periódicos hace un par de años por un sangriento atentado en un mercado navideño que al principio se tildó de islamista. [“Es un acto de un islamista lleno de odio”, dijo sin asomo de dudas Weidel](#). Su autor era Taleb al-Abdulmohsen, y sí, era de origen saudí; había llegado como refugiado a Alemania en 2006. Pero acabó convirtiéndose en islamófobo, en simpatizante de AfD, con ramalazos neonazis. Era psiquiatra en un hospital en el que se exterminó a discapacitados durante el nazismo. Ese ataque dejó seis muertos y más de 300 heridos en Magdeburgo, que dentro de apenas tres meses tal vez se convierta en la primera capital de un Estado federado gobernado por AfD. Weidel jamás ha pedido disculpas por ese error. No es su estilo.